

José Hernando Montoya Betancur, Oda a un organista y maestro de capilla

En su centenario de nacimiento

**Luis Carlos
Rodríguez Álvarez**



Con excelsa formación en lectura musical, solfeo, dictado metódico y piano, fue autodidacta en la interpretación del órgano tubular, su ejercicio vital, su oficio casi permanente.

Hijo de una familia de origen campesino, José Hernando Montoya Betancur nació en San Antonio de Prado, corregimiento al sur de Medellín, el 11 de diciembre de 1921. Sus ancestros venían de Heliconia y participaron de la fundación de este poblado, en el que siempre vivió y al que consagró su vida artística.

Joven aún comenzó a estudiar lectura musical y solfeo, junto a dos profesores particulares: Emilio (“Millo”) Velásquez Estrada y Luis Mondragón Mondragón, famosos en la ciudad como instrumentistas y compositores en la expresión tradicional andina.

A comienzos de los años cincuenta, Montoya ingresó al entonces llamado Conservatorio de Música de Medellín, adscrito al Instituto de Bellas Artes de Medellín, donde fue discípulo, en piano; de Nicolás Torres Baena —otro músico popular en la ciudad— y de la muy reconocida pianista y maestra napolitana Anna María Pennella, hasta obtener, con notas sobresalientes, su *Licenciatura en Solfeo, Teoría y Dictado Metódico*, pues “Cursó los estudios completos, conforme el método del Profesor Ettore Pozzoli y presentó el examen correspondiente, ciñéndose al pénsum del Real Conservatorio

G. Verdi de Milán, adoptado por este Conservatorio”.

Después, en el recién fundado Conservatorio de Música de la Universidad de Antioquia, siguió los cursos de piano superior con el maestro Darío Gómez Arriola, concertista y pedagogo nuestro de talla internacional; de armonía, contrapunto, fuga y composición, con el Dr. Rino Maione, director de orquesta, compositor y musicólogo italiano, y de historia de la música con el monje benedictino David Pujol i Roca, musicólogo catalán.

Vista esta excelsa formación, junto a maestros de fama mundial, se hace necesario comentar que, en la interpretación del órgano tubular, que fue su ejercicio vital, **su práctica diaria, su oficio casi permanente, Montoya fue un completo y verdadero autodidacta.**



Maestro de capilla y organista de la Catedral Metropolitana de Medellín, impulsó además la vida cultural de San Antonio de Prado, donde siempre vivió.

Legado

El legado artístico y cultural del maestro Montoya Betancur **se puede entender como fruto de varias labores que desempeñó casi toda su vida:** fue maestro de capilla¹ y organista de la iglesia principal de San Antonio de Prado (entre 1955 y 1970), y ocupó el mismo cargo en la Catedral Basílica Metropolitana de Medellín, desde 1968 y por más de dos décadas, hasta su fallecimiento. Fue protagonista de la vida cultural de su terruño, fundador de la Semana Cultural de San Antonio de Prado, además de compositor de una excelsa obra musical.

Acá se debe hacer un paréntesis para mencionar que el maestro José Hernando tuvo oportunidad de tocar en varios órganos tubulares de la casa alemana E. F. Walcker y Cía., una de las fábricas más prestigiosas del mundo en construcción de estos instrumentos musicales. Así, por ejemplo, el de la Catedral Basílica Metropolitana fue fabricado por la Walcker en 1932, en su sede de la ciudad de Ludwigsburg, con el número de Opus 2367. Este maravilloso instrumento,

que posee en su sistema actual 52 juegos o registros, una consola con tres teclados manuales, un teclado que se toca con los pies (pedalero), y un peso de 17 toneladas, lo que lo convierte en el segundo órgano más grande del país, superado únicamente por el de la Catedral de Bogotá, fue inaugurado con gran pompa y circunstancia para la ciudad de Medellín en agosto de 1933, y fue armado por el famoso organero alemán Óskar Binder (1911-1990), quien se radicó en Colombia desde entonces, y fue gran amigo del maestro Montoya. Precisamente, gracias a estas conexiones, se gestionó en 1955 la compra del órgano tubular a la Casa Walcker para la iglesia principal del corregimiento de San Antonio Prado, que el mismo Binder instaló en 1956, con el número de Opus 3596.

Como organista, José Hernando Montoya llegó a tener fama nacional e internacional: tocó en todas las ciudades del país y fue invitado en dos ocasiones (en diciembre de 1979 y en noviembre de 1982) a realizar conciertos en la famosa Sala de Conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Bogotá, que posee un órgano Walcker, también armado por Binder en 1964.

En mayo de 1973, por concurso, fue invitado por la organización *Partners of the Americas. Massachusetts – Antioquia Chapter*, para ofrecer **conciertos en las ciudades de Boston,**

1. Según la definición más común, un “maestro de capilla” (en alemán, Kapellmeister; en francés, maître de chapelle; en italiano, maestro di cappella) es aquel músico experimentado y de prestigio, algunas veces también compositor, que tiene bajo su responsabilidad la formación y dirección del grupo de cantores y de instrumentistas encargado de la música en los oficios religiosos. Obviamente, en el aspecto musical, es el cargo más destacado dentro de la iglesia. En muchos ámbitos, el maestro de capilla se desempeña también como organista.



Invitado en dos ocasiones a tocar en la Sala de Conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, también en un órgano armado por su amigo Óskar Binder en 1964.

Worcester y Norwell, en el estado de Massachussets (Estados Unidos), siendo el primer organista colombiano en tocar allí.¹ Las presentaciones de Montoya fueron muy aplaudidas por el público y reconocidas por la crítica. Él mismo lo recordaba como una maravillosa experiencia: “Pulsar un instrumento de cuatro manuales o teclados, y [casi] ochenta juegos, ante un selecto público de norteamericanos y latinos reunidos en la Iglesia de la Inmaculada [Concepción] de los PP. Jesuitas, en Boston, Estados Uni-

1. Inspirada por el presidente John F. Kennedy y fundada en 1964, dentro de su iniciativa “Alianza para el Progreso”, *Partners of the Americas* es una organización sin ánimo de lucro y no partidista que promueve la implementación de programas e iniciativas de apoyo económico, social y cultural entre los Estados Unidos y Latinoamérica.

dos; recibir aplausos, escuchar elogios de la prensa hablada y escrita de aquella culta ciudad, y dejar vínculos fraternales en el exterior, han servido para que mi expresión artística dé testimonio de Colombia”.²

En mayo de 1976, el maestro Montoya tuvo otra destacada actuación, esta vez en la undécima edición del famoso **Festival Internacional de Órgano de Morelia** (en el estado de Michoacán, México) —FIOM, por su sigla—.³ El organista colombiano fue uno de los primeros invitados internacionales a este certamen musical, que después de 1978 presentó intérpretes procedentes de Argentina, Panamá y Estados Unidos.

Teniendo como modelo la organización del mencionado *Festival*

2. Ricardo Gaspar (seudónimo de Sergio Mejía Echavarría): “Hernando Montoya B., en busca de un artista”, en *Platea*, 33, número 80, vol. X, diciembre 1985, pp. 131-137. Reproducido en la misma publicación en el número 114, vol. XIV, junio 1994, pp. 57-63.

3. *El Festival Internacional de Órgano de Morelia* fue fundado en 1966 por el organista y compositor mejicano Alfonso Vega Núñez (1924-2016), llamado “El Apóstol del Órgano” por su labor de difusión de la música para este instrumento, y hoy lleva su nombre como homenaje. Conocido como “El Primer Festival Cultural de América”, tiene como sede principal la Catedral de Morelia, donde está instalado el monumental “Órgano San Gregorio Magno”, de 4600 flautas, el más grande de México y uno de los más importantes del continente, también construido por la casa Walcker. Según su página virtual, “desde 1966 el Festival ha visto desfilar a más de 130 organistas de todo el mundo, despertando verdadero interés no sólo en el Viejo Mundo, sino también en los Estados Unidos, Canadá, Australia y Japón, así como en Centro y Suramérica. Ha sido precursor de los grandes eventos culturales del continente americano y contribuyó a la creación de los festivales de órgano de Buenos Aires (Argentina), San Juan (Puerto Rico), Guatemala (Guatemala), Medellín (Colombia) y Sao Paulo (Brasil)”.

de Morelia, y conmemorando el tricentenario de la fundación de la capital antioqueña, el maestro José Hernando Montoya instituyó el **Festival Internacional de Órgano de Medellín**, cuya primera edición se realizó entre el 3 y el 10 de noviembre de 1975. Este singular evento fue el primero en su género que se celebró en Suramérica, y contó siempre con invitados de Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, teniendo el patrocinio de las administraciones locales, la empresa privada y la Arquidiócesis de Medellín, gestionado en su integridad por el propio Montoya. El *Festival* se realizó en esta ciudad hasta el año 2007, habiendo tomado desde 1994 el nombre de “José Hernando Montoya Betancur”, como homenaje póstumo a su fundador y permanente guía.

El 2 de febrero de 1982, y por invitación especial, el maestro Montoya reinauguró en un memorable concierto, el magnífico órgano de la Santa Iglesia Catedral Basílica Metropolitana de Santiago, de la ciudad de Guatemala, uno de los pocos órganos tubulares sobrevivientes de la primera mitad del siglo XX, construido también por la Casa Walcker en 1937, como el Opus 2534, considerado una de las joyas de arte más valiosas de ese país y el único instrumento de su tipo en Latinoamérica apto para tocar música del período romántico.

Se recuerda que para la visita a Medellín de Juan Pablo II, el 5 de julio de 1986, el maestro José Hernando ofició como el organista en todos los encuentros —en el aeropuerto, en la catedral y en el estadio—, y durante la misa papal, **el mismísimo Santo Padre exaltó sus dotes musicales** y, cuando tocó la famosa canción “Pescador de hombres”, su favorita, le pidió que la repitiera.

Por otro lado, el maestro Montoya escribió con alguna frecuencia para *El Reflector*, periódico local del corregimiento de San Antonio de Prado, sobre sus personales reflexiones, ideales y opiniones. Pero fue en la **revista Platea, 33**, editada y dirigida por su amigo Sergio Mejía Echavarría, en la que fue colaborador constante por casi 20 años, desde 1974 hasta fines de 1993, y a la que aportó gran cantidad de artículos sobre música y músicos.

En 1983 acompañó al Dr. Alberto Correa Cadavid en la conformación de la que después sería la **Orquesta Filarmónica de Medellín**, persona e institución que lo acreditaron como uno de sus Miembros Fundadores.

Se recuerdan con nostalgia las tertulias que realizaba en su residencia, a manera de cursos de apreciación musical, donde los asistentes conocieron la vida y obra de los grandes compositores de la historia, guiados sabiamente por el dueño de casa.

Durante los últimos años de su vida, mientras alternaba su ejercicio como



Fantasía en La menor, dedicada a Óskar Binder, organero alemán, radicado en Colombia y gran amigo del maestro Montoya.

organista y maestro de capilla, José Hernando seguía liderando la Semana Cultural en su corregimiento, literalmente entregado con amor al servicio de su comunidad.

Después de una penosa enfermedad, el maestro José Hernando Montoya Betancur falleció en San Antonio de Prado, en la madrugada del 25 de abril de 1994, a los 72 años.

Obras

El legado musical del maestro Montoya está constituido por un puñado de piezas originales:

Órgano:

- *Andante*
- *Coral*

- *Fantasía en La menor*, dedicada al organero alemán Óskar Binder.
- *Tocata en Do Mayor*, dedicada a su hermana Eva.
- *El Trompetista Voluntario*, dedicado a su amiga Celina Escobar B.
- *Canto de Esperanza*. “Inspirada con motivo de las exequias de María, Madre del Salvador”. A la memoria de su hermana María Herminia.

Piano:

- *Suite # 1*, dedicada a la memoria de su hermano José Roberto. Está integrada por seis movimientos, así:

1. *Preludio*
2. *Vals*
3. *Nocturno*
4. *Minueto*
5. *Fuga*
6. *Marcha de máscaras (sobre un tema del Dr. Rino Maione)*.

- *Tocata en Re Mayor*, dedicada al pianista Luis Guillermo Rendón Calderón (1989).

Coro:

- *Salutación Angélica (Siete Corales y Fuga)* a cuatro voces mixtas, con letra de Jorge Montoya Toro, sobre cada uno de los primeros versos del *Ave María* (1969). Dedicado a sus padres, Enrique Montoya Jiménez y María Antonia Betancur de Montoya.
- *Dos villancicos: La cueva divina y La felicidad*.

- *Gozos de la Novena al Niño Dios en Fa Mayor, para cuatro voces mixtas.*
- *Gozos de la Novena al Niño Dios en Mi Bemol Mayor, para cuatro voces mixtas.*
- *Gozos para la Novena a la Sagrada Familia.*
- *Llama de amor viva, sobre versos de San Juan de la Cruz.*

Himnos:

- *Al municipio de Ebéjico*
- *Triunfal de la Sociedad San Vicente de Paúl de Medellín*
- *A San Antonio de Prado (1984), con letra de Isidro Betancur P.*
- *Al Politécnico “Jaime Isaza Cada-vid” (1987)*

Legado en San Antonio de Prado

Fue en el corregimiento de San Antonio de Prado donde el Maestro hizo una labor de mayor amplitud en sus alcances, su verdadero legado artístico, cultural o espiritual. Desde su juventud, Montoya animó la celebración de la Semana Santa en la parroquia principal: él mismo seleccionaba los miembros del coro y lo dirigía en el montaje musical para las procesiones; tocaba el armonio en cada una de las estaciones de la tradicional procesión del Viacrucis, y dirigía los cánticos de las llamadas *Cuarenta Horas*, los villancicos de las conmemoraciones navideñas, las novenas de aguinaldos y las fiestas

patronales. Montoya estaba presente en todas, animando a la feligresía y dirigiendo todo lo relacionado con la música, ensayando siempre en su propia casa. Incluso, en los últimos años, creó la **Coral Polifónica José Hernando Montoya**, bajo su guía.

En otro aspecto de su gestión, y en un ejercicio pedagógico que le depararía muchas satisfacciones espirituales, nunca monetarias, Montoya fue profesor de historia de la música y de apreciación musical en el **Instituto Popular de Cultura**, convertido posteriormente en el *Liceo Manuel J. Betancur*, y con su amiga Celina Escobar, creador de la Corporación Amigos de la Cultura, que sería después el *Centro Cultural de San Antonio de Prado*, que dirigió siempre. Fue el principal promotor de las manifestaciones artísticas locales, y gestor de la Semana Cultural, instituida en 1965 y celebrada anualmente en el mes de junio en ese corregimiento, y en la que él propio Montoya era motor y ejemplo de trabajo solidario y artístico.

Todas estas experiencias, que mantienen viva la memoria del insigne músico pradeño, se siguen viviendo en el **Encuentro de Música y en la Casa Musical**, evento y entidad que llevan su nombre como homenaje, ambos promovidos por la *Fundación José Hernando Montoya Betancur*, que por su propia voluntad, tienen “por objeto la difusión de la Cultura, en especial de la Educación y el

fomento de la música clásica”. El 20 de julio de 2015, la Corporación Casa de la Cultura San Antonio de Prado CORCASAP exaltó y reconoció la labor cívica y cultural de la *Casa Musical José Hernando Montoya* por seguir los ideales del maestro Montoya, “elevando el quehacer musical a su máxima expresión de técnica y consagración, dando a la comunidad pradeña altos niveles de cultura, dimensión artística y proyección académica en los alumnos que inspira para un mejor porvenir cívico y cultural”.

La Casa Musical empezó sus actividades en 1997 con 120 estudiantes que pagaban \$7000 mensuales; se dictaban clases de flauta, guitarra acústica, coro, iniciación musical, organeta y piano. Tiempo después, la oferta de clases se ha ampliado a violín, ballet, baile popular, dibujo, bajo, técnica vocal y canto. En 2014 fueron ganadores de la Convocatoria de Estímulos de la Secretaría de Cultura Ciudadana, Planeación Local y Presupuesto Participativo. Hoy, la actividad pedagógica es guiada por el joven pianista Santiago Herrera Betancur, también organista y maestro de capilla de la parroquia, y quien a pesar de no haber conocido personalmente a José Hernando Montoya Betancur, parece que ha heredado su espíritu, dinámica y fervor por el arte. Todo augura larga vida a esta institución.

Memorias de amigos, colegas y discípulos

A manera de colofón, vienen un par de testimonios plenos de gratitud y admiración, que podrían resumir las memorias de muchos de los amigos, colegas y discípulos del maestro José Hernando Montoya Betancur.

El primero es del organero antioqueño **Juan Carlos Ángel Gallo**, uno de los pocos profesionales en este campo que hay en Colombia, formado en Austria y Estados Unidos, quien le recuerda así:

“Tuve la fortuna de compartir varios años con el maestro José Hernando Montoya; de ser su alumno en solfeo, cuando yo era niño. Fue la persona que, de alguna manera, formó mi interés por la organería, la carrera que desempeño. Él encontró en mí esa inquietud por la mecánica y por el funcionamiento de los órganos tubulares. Fue quien me encausó hacia esta profesión.

“Como persona, el maestro Hernando Montoya era un ferviente cristiano, de comunión diaria; tan devoto, que, en cada servicio religioso, elevación o consagración de las especies del pan y del vino, bajaba de la consola del órgano y se arrodillaba en un reclinatorio que tenía en el coro, para hacer la reverencia que se debe en este momento de la liturgia. Era un hombre impresionantemente piadoso.

“También como persona era intachable, de un alto sentido de la moral, la ética y la responsabilidad. Creía muchísimo en

la palabra del otro... y yo pienso que, de cierta manera, eso lo distanció de muchas personas, porque en esa época era muy difícil encontrar un ser humano con unos valores morales tan elevados... y en la nuestra, muchísimo más.

“Era un lector incansable: por disciplina, leía el periódico todos los días. Se mantenía enterado de las noticias, sobre todo de las culturales. Publicaba notas en una revista que se llamaba **Platea, 33**, que circuló en esos años. De hecho, fui emisario de varias de sus notas, que él hacía a mano alzada o que dictaba, y que luego le editaba el director de la revista.

“Era muy disciplinado para estudiar. Se dedicaba completa e integralmente a una pieza musical. Recuerdo verlo estudiar con mucho ahínco dos de los seis *Trío sonatas* de Juan Sebastián Bach. Estudiaba el órgano todos los días, unas ocho horas. Y el resto era piano, porque en esa época era organista en la catedral, e iba allá jueves, viernes, sábados y domingos. Entonces, los jueves tocaba las misas de la mañana, se quedaba hasta el medio día o más bien entrada la tarde, regresaba a su San Antonio de Prado, y seguía estudiando piano. Eso mismo sucedía el viernes y el sábado. El domingo igual, pero se retiraba al medio día, con la misa de 12. Y recuerdo que en esos años también tocaba en la iglesia de Itagüí: iba a las misas de la tarde. Los lunes, casi siempre iba a San Antonio de Prado y estudiaba en las mañanas en el órgano de la parroquia, pero apagado (no le gustaba estudiar con el órgano encendido porque eso podría molestar a la gente. Pero siempre fue el guardián de ese instrumento, y tuvo llaves para subir al coro y acceder al órgano el tiempo y

las veces que lo creyera conveniente.

“En cuanto a sus composiciones musicales, sé que tuvo varias. De hecho, conozco su Toccata para órgano, que ha sido interpretada en varios conciertos, tanto en la Catedral como en San Antonio de Prado. A su muerte, estaba musicalizando algunos poemas de San Juan de la Cruz, y alcanzó a terminar dos o tres. Yo le copiaba el texto en la partitura, porque él lo hacía a mano, y muchas veces me pedía que le copiara lo que transcribía en los pentagramas. De cierta manera, le serví de melógrafo en un par de ellas.

“También recuerdo que el último concierto que ofreció fue en el monasterio benedictino de El Rosal (Cundinamarca). Yo tenía más o menos 14 años, y no lo pude acompañar porque no tenía los recursos para comprar los tickets aéreos. Yo quería ir, pero no lo pude acompañar, como sí lo hice en muchos de sus conciertos en San Antonio de Prado. Conservo una grabación que le hice allí, tocando un par de pequeños *Preludios y fugas* de Juan Sebastián Bach. También lo asistí en varios conciertos en la catedral, en misas solemnes. Lo acompañé a muchas ceremonias religiosas en otras iglesias (como Itagüí y El Sufragio), según apenas recuerdo, porque eso fue hace varios lustros.

“Como persona, le guardo un entrañable cariño a su recuerdo y a su memoria, y con **un eterno agradecimiento porque él dibujó el sendero que yo estoy caminando** hoy con mucho orgullo. Siempre diré que soy el producto de la persona de Hernando Montoya, que soy parte de su historia, aunque ya en las postrimerías. Tuve la fortuna de que me dejara



Partitura de El trompetista voluntario.

un legado y también una huella honda, profunda, en mi ejercicio personal y profesional”.¹

El segundo testimonio es del talentoso músico y compositor **Juan Esteban Giraldo Villegas**, su ahijado, el último organista en la Basílica Metropolitana, hijo del maestro Octavio Giraldo, también organista de la catedral hace varios años, y quien actúa ocasionalmente, a requerimiento de la Arquidiócesis, en las ceremonias mayores:

“El primer recuerdo de mi padrino lo asocio también al primer recuerdo que tengo de escuchar el órgano *tutti*, pleno de registros, desde el altar, más o menos cuando yo tenía unos cinco años. El maestro interpretó la *Tocata y fuga en re menor*, y eso para mí tuvo un impacto que dura hasta hoy. Creo que el amor tan grande que le tengo a la música de Bach nació ahí, en ese primer impacto

tan intenso. Fui sensible a las armonías, a los desarrollos, al drama, y luego supe que era Hernando Montoya. Mi papá y él tuvieron una relación de amistad muy entrañable. Mi papá lo recuerda con mucho afecto, tanto que ese gesto tan simbólico de ‘apadrinarme’, se lo entregó a él.

“Hernando se dedicaba al estudio del órgano largas, larguísimas, jornadas. Mi papá recuerda, y yo mismo recuerdo, que llevaba su almuerzo al trabajo. Se iba totalmente preparado para entregarse el día entero al estudio. Una característica que tenía al estudiar era que siempre lo hacía con el órgano “anulado”. De hecho, el “anulador” es un botón que tiene el órgano, mandado a pedir por él mismo, y que le construyeron. ¿Por qué razón? A veces, en algunas ceremonias hay espacios muy largos, y si uno no quiere que el órgano suene, usamos un interruptor al lado izquierdo que anula por completo el motor. Entonces, uno puede tocar con los registros abiertos, y no se va a escuchar. Ese botón se lo debemos a Hernando Montoya. Él acostumbraba, primero, a hacer un trabajo de lectura, de forma, de ‘mecanización’ e interiorización en las manos y en los pies de la pieza musical, porque su filosofía era que, cuando la obra estuviera lista, entonces ya era digna de tocar en el órgano, digna de que sonara... Hay unas reverencias muy profundas que despierta el órgano... Y el maestro Hernando tenía esa máxima: de no sonar la obra hasta que él no la tuviera bien trabajada primero.

“Era una persona absolutamente dulce, amable, deferente, cortés, de un humor siempre ecuaníme... Una persona mara

1. Juan Carlos Ángel Gallo, *Comunicación personal*, 13 de febrero de 2022.

villosa. Y una mañana, cuenta mi papá que fue a la misa de siete... y no sonó el acostumbrado ‘Canto de entrada’. Entonces, cuando el sacerdote comenzó la ceremonia, dijo a la feligresía: ‘Ustedes notarán que en el día de hoy no hubo Canto de entrada... el Maestro Hernando Montoya murió anoche’. Hubo un silencio total. Mi papá cayó de rodillas... se iba su amigo entrañable... y mi padrino.

“Estos son los primeros recuerdos que se me vienen a la cabeza. Se me ha revolcado un poco la infancia. Un montón de nostalgias. Fueron tiempos muy lindos, y uno los pone siempre en contraste con un instrumento que nos va a sobrevivir probablemente, y que va a permanecer mucho tiempo, que tiene su magia y su mística, y al que debemos meterle la mano para que pueda estar al 100% otra vez... El órgano, la música de Bach y mi padrino siempre están en una misma dimensión”.¹



Partitura de Canto de Esperanza.

1. Juan Esteban Giraldo Villegas, *Comunicación personal*, 22 de julio de 2022.

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

Médico de la Universidad de Antioquia, Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia y candidato a Doctorado en Artes en la Universidad de Antioquia. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia. Profesor de cátedra e investigador en el Departamento de Música de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Entre otras, ha publicado las siguientes obras: *Antología – Gonzalo Vidal* (1997); *Músicas para una región y una ciudad: Antioquia y Medellín, 1810 – 1865. Aproximaciones a algunos momentos y personajes* (2007); *Roberto Pineda Duque: un músico incomprendido* (2010); *Alberto Correa Cadavid, Vida y Obra* 2013 (2014); *Daniel Salazar Velásquez. Retrato musical de Medellín a fines del siglo XIX* (en coautoría con Jorge H. Gómez) (2019). Compilador de: *Suite lírica. Antología poética de Hans Federico Neuman* (1917 – 1992) (2018.)